

## LA ESPERANZA, EN EL BTO. RAMON LLULL (\*)

### CRISIS DE LA ESPERANZA

El examen cuidadoso de la actividad intelectual de Ramón Llull en torno a la esperanza encierra ya un alto valor autobiográfico, pero quedaría incompleto este trabajo si no estudiara —aunque brevemente— la proyección del pensar en el «ser» la esperanza vivida.

El hombre se revela en sus acciones, el modo como el Doctor Iluminado vivió su esperanza nos completará y confirmará la esperanza teórica, sólo así conoceremos por entero la personalidad rica y atractiva de Ramón Llull.

«La Esperanza» es una de las tres virtudes fundamentales de la vida cristiana. Al hablar de ella en la vida del Beato me refiero siempre a la esperanza teologal y la veo como parte integral de la gracia misma, de forma que sin esperanza no puede haber gracia de Dios y con esa gracia cualquier carácter por cambiante que sea o por crisis depresivas que padezca puede siempre poseerla. Veamos cual era el temperamento de Ramón Llull.

Carreras Artau nos dice que «Llull era un *temperamento pasional*», en el primer período de su vida la pasión irrumpió hacia la sensualidad... él mismo nos confiesa en el «Llibre de Contemplació en Déu» que estuvo dominado por los siete pecados capitales:

«La mia ànima, Sènyor, és malalta e nafrada por los VII peccats mortals que tota la an nafrada e ensutzada e encolpada e desordenada».<sup>93</sup>

«E tant s'es estès e escampat en mi peccat de luxuria, que tot m'ha perprés e comprés e en tot mi s'es més; e per null altre peccat no son estat tan leg menat ni tan sobrat ni tan ensutzat com son per peccat de luxuria».<sup>94</sup>

---

(\*) Véase *Estudios Lulianos*, X, 141-152; XI, 141-152.

<sup>93</sup> Libre de Contemplació en Déu, pag. 132 (citado por Carreras Artau en *Historia de la Filosofía Española*, p. 258).

<sup>94</sup> Ibid., pag. 259.

Este su *temperamento ardiente* lo conservará incluso después de su conversión y será la raíz de su actividad portentosa, tendrá que luchar contra él, pues junto con grandes cualidades, será el origen de los defectos que —como la indisciplina y desorganización— le llevarán al fracaso de sus empresas.

Estos defectos hacen resaltar más las virtudes cuando éstos han sido corregidos o superados.

Llull, según dice el P. Iriarte, *era apasionado, vehemente, impaciente*: «pertenece al tipo *pícnico* con el que coincide el *temperamento ciclotímico*; eso quiere decir oscilación del ánimo o afectividad. Llull fluctuaba siempre entre dos polos, el de la excitación y depresión, la tristeza y la alegría». «Su percepción y reacción eran tan rápidas y traía de su primera edad el hábito de un logro fácil de sus deseos que no se hacía a la germinación lenta con que sus ideas eran acogidas, pretendía éxitos tangibles a toda velocidad y se enfurruñaba un poco y se deprimía un mucho».<sup>95</sup>

Para él los desengaños lejos de ser una rémora eran acicates... sufrió mucho y parte de sus sufrimientos eran debidos a su carácter, pero nada le hizo perder su esperanza; su actitud ante el mundo y los hombres era siempre de apertura: «Era un ánimo abierto, abierto de sí mismo hacia afuera, es decir, a la expansión y proyección de su mundo interior y abierto en sí al mundo o sea a la captación y simpatía de las cosas y personas».<sup>96</sup>

Ante el mundo y las esperanzas que éste ofrece distingue Laín Entralgo cuatro actitudes entre los católicos: 1.º «La mundanización». El católico vive con dos esperanzas separadas: una mundana y habitual, más o menos próxima a la del progresismo, y otra espiritual o transmundana, sólo vigente por modo expreso en las situaciones límite de la existencia. 2.º «La vida de reojo». El católico vive en el mundo y disfruta de las técnicas y comodidades que éste le ofrece pero mirándole «de reojo» y juzgando con una secreta complacencia sus fallos y limitaciones, en cuanto ocasiones propicias para vivir sin trabas la esperanza escatológica y transmundana del cristianismo. «Esta utilización resentida» del mundo no es infrecuente entre nosotros. 3.º «La negación del mundo». El católico afirma ahora su fe retirándose a la cartuja o al yermo. 4.º «La afirmación cristiana del mundo». El católico contempla y vive las realidades terrestres, naturales o artificiales, como entes dotados de sentido en la economía de la creación y la salvación. Sin mengua del carácter sobrenatural y gratuito de la

<sup>95</sup> Genio y figura del Beato Ramón Llull, pag. 29.

<sup>96</sup> Ibid., pag. 23.

esperanza teologal, la esperanza del católico no es ahora una «doble esperanza», sino una «esperanza continuada»<sup>97</sup>. Esa fue la actitud de Ramón Llull.

No vio el universo como un objeto de lamentaciones, no se limitó a sufrir «este valle de lágrimas» si no que dio un sentido a todas las cosas creadas, que le sirvieron para orientarse a Dios, para su gloria. Si las esperanzas humanas le fallaron innumerables veces, al confiar en las realidades del tiempo, su *esperanza teologal* se supo apoderar de ellas y las utilizó para sus fines de apostolado.

Se rigió por su esperanza y de ahí «la multiplicidad de escritos, viajes y romerías por las más apartadas regiones, entre azares de adversidad y mala salud, aprendizaje de idiomas y estudios superiores, organización del colegio de lenguas, magisterio en Universidades, gestiones en Cortes y Curias, consultas, disputas, predicación misionera. ¿De dónde sacó aquel hombre tiempo y fuerzas para tan portentosa labor?». <sup>98</sup> Hemos hablado ya de la esperanza como principio de acción que impulsó la vida del Beato.

Toda la existencia de Llull va jalonada por oscilaciones periódicas, animación y abatimiento, tensión y relajación, excitaciones y calmas, tristezas y alegrías... veamos aunque sea brevemente, su gran crisis de Génova en la que estuvo a punto de sucumbir su esperanza. Fue su mayor tentación de desesperación.

En 1292, después de haber estado en París, donde leyó el Arte, fue a Génova y a Roma para trabajar su más acariciado proyecto: «Los Monasterios que tanto deseaba» (Vida coetánea n. 19) pero viendo que en la Corte papal no lograba nada, se volvió a Génova con intención de pasar a Berbería para intentar convertir a los musulmanes con las demostraciones y figuras de su Arte.

Todo el pueblo de Génova hablaba de su proyecto... y de la inspiración divina de su Arte; fue entonces cuando sobrevino la tentación, ¿sería quizá porque Llull se encontraba en la cumbre de la popularidad? (Daré la traducción del primitivo documento latino y no la versión catalana pues como hace notar el Reverendo Padre Batllori en sus notas a la «Vida coetánea» el traductor suprime y cuenta libremente algunos párrafos de la «Vida» precisamente los más críticos y referentes a esta tentación, quizá en su afán de no desprestigiar al Maestro).

Dios empezó de repente a probar a Ramón por una gran tribulación, pues estando ya preparado el barco, metidos en él los libros y prestos a partir, le vino a la mente, le obsesionó la idea de que si él

<sup>97</sup> La Espera y la Esperanza, pag. 354.

iba a terra de moros, éstos, antes de haber podido predicarles, le matarían, o si no, le pondrían en cadena perpetua:

«Per aixó Ramón, temen per la seva pell, com un temps Sant Pere en la Passió del Senyor, i oblidat del seu propòsit sobre dit, amb el qual havia determinat de morir per Crist convertint al seu culte els infidels, romangué a Génova, detingut per una certa temor espadordadora, abandonat mentrestant a si mateix, permetent-ho a disponent-ho al Senyor, pot-ser perquè no presumia vanament de si»<sup>92</sup>.

Se quedó pues en Génova y entonces pensando que había dado al pueblo un enorme escándalo vino a caer en una «total desesperación» —esto último no lo dice el traductor de la «Vida Coetánea»—, sólo lo insinúa:

«Dubtant-se que no hagués dat escàndil al poble contra la fè «quasi venc en punt de desesperació»<sup>99</sup>.

Creyendo firmemente que había de condenarse por ello, y agobiado de tanto dolor en el corazón cayó enfermo con gravísima fiebre; y en tal estado permaneció en Génova largo tiempo tan desfallecido que casi perdió la vida (Vida coetánea n. 20).

Vienen a continuación sus dos alucinaciones. Estando en el convento de los Dominicos, el día de Quincuagésima, le pareció oír una voz que le decía que sólo se podría salvar en aquella Orden, pidió el hábito de Santo Domingo pero por ausencia del Prior no se lo dieron... Vuelto a su convento de los Frailes Menores y reflexionando sobre la buena acogida que éstos habían hecho a sus libros, especialmente a su Arte, que él tenía como dada por Dios mismo, se determinó a pedir el hábito franciscano... entonces, le pareció oír la misma voz, que le reprendía, diciendo que sólo en la Orden de Santo Domingo se podía salvar: en medio de una mortal angustia prefirió condenarse él y que se salvara su Arte que a tantas almas podría ayudar; ¿qué explicación da el autor de la vida Coetánea a esta terrible tentación y su desenlace?:

«Preferint constantment la seva Art o doctrina per la qual molts es convertirien a conèixer y estimar y adorar a Déu, que no pas la pròpia salvació com a sol cobert per un núvol, mentre tot amb tot cremava en si mateix, desesperant de Déu, de manera admirable sota un cert enfosquiment de la seva pensa, fou provat que estimava infinitament més Déu, i el pròxim per Déu, que no pas a si mateix com evidentment es dedueix de tot el que hem dit».<sup>100</sup>

<sup>98</sup> Genio y figura del Beato Ramón Llull, pag. 28.

<sup>99</sup> Proleg de les obres essencials, pag. 42.

<sup>100</sup> Proleg de les Obres essencials, pag. 44.

Esta fue la crisis psíquica de Ramón, hoy día satisfactoriamente explicada y que concluyó al saber que había otra nave para Berbería... Se hizo llevar y contra todos los pareceres y rutgos de sus amigos que ya le habían hecho perder un viaje, se hizo a la mar, quedando en aquel momento sano de cuerpo y alma; la angustia de pensar que se condenaba cesó en cuanto vio su falta reparada y se encontró camino de Berbería:

«Ramón, juntament amb la salut del seu còs malalt, recobrà de sopte, alegre en el Senyor per una misericordiosa illustració del Sant Esperit, *l'esperança de consciència*, la qual havia cregut que havia perduda».<sup>101</sup>

Muy bien hace resaltar el autor latino de la Vida Coetánea que Ramón *recobró la esperanza* que creía perdida..., pero que no se le había apagado del todo; esta fue su crisis más violenta de depresión, felizmente superada.

Para terminar este breve retrato del Doctor Iluminado debo nombrar sus dos cualidades más características —según Carreras Artau—: *la sinceridad y la tenacidad*. Esta es puesta a prueba hasta el heroísmo en su larga vida, a pesar de sus múltiples decepciones, fracasos, incomprensiones, siempre se le ve confiado en el porvenir y sin desviarse del camino que se propuso el día de su conversión; en el diálogo titulado «Phantasticus o Disputatio Petri et Raimundi» escrito en 1311 dice Llull:

«He trabajado cuarenta y cinco años en mover a los prelados y príncipes cristianos a que procurasen el bien público de la Iglesia. Ahora soy viejo, soy pobre y *estov con el mismo propósito* y con la gracia de Dios perseveraré en El hasta la muerte».<sup>101</sup>

Ramón fue *generoso, valiente*, de aspiraciones elevadas, exento de ambiciones y egoísmos. Pero lo que nos llama más la atención en sus escritos y vida es su ingenuidad y sinceridad de niño. Llull no miente nunca. Carreras Artau nos dirá de él que fue: «Alma de gigante con corazón de niño, sorprende y cautiva a la vez por su energía inverosímil y por su fondo profundamente humano. Es, sin duda, una de las más bellas y auténticas representaciones del espíritu medieval».<sup>101</sup>

## 2)—HOMBRE DE SU EPOCA

Llull no sólo es la encarnación del espíritu juvenil de la Edad Media sino que es enteramente *un hombre del siglo XIII*.

<sup>101</sup> Historia de la Filosofía Española. Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV, pag. 261 y 262.

Asiste en este siglo al fracaso de las empresas religioso-militares, tan características de la primera época de la Edad Media. La cristianidad se ve obligada a renunciar a la temeraria aventura de imponer su ideal en el mundo por la fuerza de las armas y es entonces cuando se recurre a las armas espirituales, surgiendo en abundancia la literatura polémico-apologética, cuyo capital representante —aunque no el único— es Ramón Llull por la abundancia, ardor y continuidad de sus escritos.

También en este tiempo se desmorona la empresa carolingia de fundir la nueva Europa en un imperio que bajo la potestad espiritual del papado, restaurase el poder de la Roma clásica. «El sentimiento religioso salva la unidad moral de los pueblos cristianos y los reúne en torno al Pontífice como miembros de una gran familia; pero el vínculo político-militar se va poco a poco relajando hasta perder su eficacia».<sup>102</sup>

Europa cristaliza en una pluralidad de núcleos políticos diversos. Cada una de las nacientes nacionalidades quiere crear su propia cultura, se cultivan las lenguas vulgares, se va abandonando el uso del latín y vemos como algunos de los escritores de este siglo —entre ellos nuestro Doctor Iluminado— usan indistintamente la lengua romance, el arabeo, el latín, incluso para las altas especulaciones del espíritu: escritos teológicos y filosóficos.

Desde el siglo XII venía conociéndose la civilización oriental y el occidente trataba de asimilarla junto con todos los ignorados materiales de la antigüedad clásica.

Al secularizarse y difundirse el saber, las tradicionales instituciones escolares resultaron insuficientes para las nuevas promociones de estudiantes y nacieron las primeras Universidades... Al mismo tiempo las Ordenes mendicantes fundan a partir de este siglo XIII instituciones complementarias, primer cimiento de otra poderosa organización escolar. A Ramón, como hombre de su siglo, lo encontramos en varias Universidades, viaja por casi todas las Cortes y toma el hábito de los frailes Menores asistiendo a sus Capítulos Generales.

Si nos fijamos más particularmente en España, es en este siglo cuando después de quinientos años de resistencia y lucha armada sostenida por los reinos hispano-cristianos, la dominación árabe se ve reducida a términos insignificantes. Las campañas de Fernando el III el Santo y de Jaime I el Conquistador rescatan del poder de los moros la casi totalidad de la Península.

---

<sup>102</sup> Ibid., pag. 4 y siguientes.

El país se organiza bajo la hegemonía de dos robustos núcleos políticos: el castellano-leonés y el catalán-aragonés y puede entregarse a la urgente tarea de su reconstrucción interior, que se inicia en el reinado de aquellos dos monarcas con una serie de reformas de orden político, social e intelectual.

La realeza en este siglo XIII cobra un prestigio inusitado y de ella parte el estímulo no sólo para las empresas de orden guerrero, sino aún para las más delicadas iniciativas de la vida espiritual. Los dos pilares en que se apoya toda la vida religiosa y cultural y moral de este siglo son el Papado y la monarquía.<sup>102</sup>

Ramón Llull no cesa de recurrir a ambos poderes y toda su esperanza humana se cifra en lograr su colaboración para los proyectos que su celo ardiente le inspira... Cuando al final de su vida vea truncada esta esperanza, no disminuirá su optimismo ni ardor apostólico, pero la confianza que puso en el hombre se habrá transformado en seguridad en Dios y la esperanza-pasión será ya esperanza-virtud.

Mientras en el trono de Castilla Alfonso X congrega a su alrededor sabios de diversas procedencias, que con un amplio espíritu de tolerancia cooperan a un común ideal de saber, en la confederación catalano-aragonesa se forma otro núcleo cultural importante en torno a la figura del Rey Jaime I.

Este florecimiento cultural lleva un anhelo de totalidad y se manifiesta en ramos muy diversos del saber y de las letras, y provoca también al nacimiento de la prosa en romance signo de madurez en la lengua vulgar.

«La corte del rey ofrece a los trovadores amable acogida, y en ella aprende el arte de rimar nuestro apasionado caballero Ramón Llull, que más tarde, juglar espiritual, había de componer trovas a lo divino».<sup>103</sup>

Tal vez, según dice Carreras Artau en su «Historia de la Filosofía española», la máxima diferencia entre la cultura de Castilla en tiempos de Alfonso X y la de Cataluña en el reinado de Jaime I estriba en que aquélla es predominante de carácter civil y, ésta se presenta profundamente impregnada de sentido religioso. Las controversias entre teólogos cristianos y judíos estaban a la orden del día y surge por este tiempo una gran floración de libros polémicos por ambas partes.

Pero también se da la tendencia contraria, otro rasgo característico de este siglo en la colaboración amistosa entre los sabios de las distintas confesiones que conviven y trabajan en las escuelas de tra-

<sup>103</sup> Ibid., pag. 34.



ductores y cuya aportación a la cultura europea es notable y fecunda.

De una manera general podemos decir que si Castilla siente con mayor fuerza el atractivo de la cultura de los pueblos orientales, tal vez por su mayor proximidad e intimidad con ellos; Aragón y Cataluña, más sensibles a las corrientes europeas, importan las disputas teológico-apologéticas; eso no significa que el saber oriental no conociera una época de esplendor en el reinado de Jaime II. Las figuras catalanas más representativas de este tiempo son grandes hebraístas o grandes arabistas o ambas cosas a la vez; utilizan a manos llenas los materiales de sus obras científicas o teológicas y conocen a fondo no sólo la literatura sino la lengua de ambos pueblos... Algunos de los escritos de Ramón Llull están redactados primero en árabe y son traducidos después al latín o al catalán.

Conocida es también la crisis religiosa de los siglos XII y XIII motivada por la ola de mundanidad que invade las jerarquías eclesiásticas y por la corrupción de las costumbres del clero no regular; ella provoca, por contraste, el nacimiento de un conjunto de sectas subversivas, algunas de las cuales alardean de vivir según el Evangelio. Llull es extraordinariamente sensible a estas conmociones religiosas, los pecados, fracasos, temores de su siglo, tan lleno de mesianismos y falsos misticismos le llevan a levantar la mirada al Cielo, la verdadera patria y por eso en la historia «Llibre de Meravelles» dedica el libro IX —*De Paradís*— a ilustrarnos sobre la bienaventuranza eterna.

Explica primero la gloria de que gozan los ángeles en el paraíso, tan grande «que quien pudiese entenderla en este mundo, sobre todas las cosas se maravillaría, pues en ella ha puesto Dios tanta similitud de su grandeza, que es cosa maravillosa el entenderla y amarla».<sup>104</sup>

Trata en segundo lugar de la gran felicidad de las almas de los hombres «que no es posible poder explicar, pues Dios con toda su esencia, con todas sus dignidades, con todas sus tres Personas y con toda la gloria que ha en sí mismo, es gloria del alma».<sup>105</sup>

Allí tendrá el alma el gozo de la amistad:

«Si el hombre tiene gran placer y alegría cuando memora, entiende y ama algún amigo, aunque en el todo no le memore ni entienda, ¡cuánto mayor será su placer y alegría en el paraíso, donde memora, entiende y ama a todo Dios!»<sup>105</sup>

<sup>104</sup> Félix de las maravillas, pag. 679.

<sup>105</sup> Ibid., pag. 982.



Termina con un capítulo dedicado a la gloria del cuerpo y a explicar como se deleitará y tendrá gran placer... Eso sucederá «así como el hierro en la fragua está encendido todo y todo lleno de fuego por dentro y por fuera, así lo estará de gloria el cuerpo del bienaventurado, respecto de que el alma con quien estará unido estará viendo la divina esencia, las divinas dignidades, y las divinas personas por lo que será tanta la gloria de que participará el cuerpo viéndose todo glorificado y perfecto, que tendrá todo el cumplimiento de gloria que la voluntad querrá».<sup>106</sup>

Y como la gloria del alma será inmensa porque estará viendo a Dios en su misma esencia, «puedes de ahí pensar cuán grande será la gloria de que el cuerpo participará».

En el cielo, el hombre no deseará comer, beber, ni tener deleites, porque «el cuerpo será tan perfecto en virtudes como la voluntad puede querer, el entendimiento entender y la memoria memorar y esta perfección le provendrá de la influencia que Dios da de su similitud al alma que está en el paraíso».<sup>106</sup>

Después nos describe Llull las propiedades maravillosas del cuerpo glorioso: podrá moverse a impulsos de la voluntad rápidamente y por el medio que ésta quiera, ya sea el aire, los cuerpos sólidos, etc... y eso sucederá porque la voluntad será perfecta sin nada que impida sus deseos. Tendrá un desconocido resplandor y hermosura que junto con la inmortalidad y la gran gloria que recibirá le proporcionará una felicidad sin fin.

A estos goces corporales se unirán la visión y convivencia con Nuestro Señor Jesucristo, su Santísima Madre y todos los Santos de la Gloria... y esa dicha será tan excelente y admirable, que Ramón no se explica como los hombres pueden olvidarse de tan *gran esperanza*, por esto exclama con el protagonista de su obra:

«¡Oh Señor y Dios, omnipotente en todos los poderes y perfecto en todas las perfecciones, cuán gran maravilla es que los hombres de este mundo amen tanto sus vanaglorias, y deseen y amen tan poco la gloria verdadera del otro, siendo la una leve, falsa y transitoria y la otra firme, eterna y verdadera!».<sup>107</sup>

M. M.<sup>a</sup> ASUNCIÓN SEGUÍ SERVOLS, RSCJ

(Continuará)

<sup>106</sup> Ibid., pag. 985.

<sup>107</sup> Ibid., pag. 987.